

www.elboomeran.com

PATRICK DENNIS

LA TÍA MAME

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Auntie Mame*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1955 by Patrick Dennis, 1983 by la familia Tanner
© de la traducción, 2010 by Miguel Temprano García
© de la ilustración de cubierta, 2001 by Edwin Fotheringham
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S.A.U.

Edición contratada a través de Broadway Books,
un sello de Crown Publishing Group, división de Random House, Inc.

En la cubierta, ilustración de Edwin Fotheringham

ISBN: 978-84-92649-56-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 27 096-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

II
LA TÍA MAME
Y LA HORA DE LOS NIÑOS

El artículo del *Reader's Digest* prosigue contando cómo la solterona de Nueva Inglaterra, nada acostumbrada a los niños, acaba queriendo mucho al expósito que han abandonado ante su puerta. Y, más que quererlo, se obsesiona por el cuidado de los niños, la psicología infantil y esas cosas.

Cuando llega el momento de enviarlo a la escuela, la señorita inolvidable tiene serias diferencias con la junta educativa del pueblo y sus métodos. Los maestros presionan al chico por no asistir a clase, pero la encantadora solterona resiste y ella sola consigue que se realicen profundas reformas en el sistema escolar.

En fin, no me impresiona mucho. Mi tía Mame también tenía ideas muy originales sobre psicología y educación.

Al pensar en lo alocada y deslumbrante que era mi tía Mame en 1929, veo que debió de asustarse de tener que criar a un niño de diez años totalmente desconocido tanto como yo al entrar por primera vez, temeroso y boquiabierto, en el esplendor oriental de su apartamento de Beekman Place. Pero mi tía Mame no era de las que se rinden fácilmente. Mi tía tenía el espíritu animoso de una exploradora de garitos clandestinos. Y, aunque sus ideas sobre la educación infantil tal vez pudieran considerarse un poco heterodoxas—igual, todo sea dicho, que sus ideas sobre cualquier otra cosa—, el sistema exclusivo de mi tía Mame funcionó bastante bien a su despreocupada manera.

Nuestra primera conversación tuvo lugar en el gigantesco dormitorio de la tía Mame, a la una de la tarde de mi segundo día en Nueva York. Me sentía ignorado, no queri-

do, no deseado y terriblemente solo mientras deambulaba abatido por el enorme dúplex con Norah como única compañía. Ito, el pequeño mayordomo japonés, me sirvió un buen almuerzo y se rió mucho, pero no dijo nada. A la una en punto, yo estaba deseando leer *Héroes de la Biblia que todo niño debería conocer: el Antiguo Testamento* cuando Ito entró en mi habitación y dijo:

—Ver señora ahora.

La tía Mame me recibió en su dormitorio del segundo piso. Era una habitación enorme con las paredes pintadas de negro, una alfombra blanca y el techo dorado. Los únicos muebles eran una gigantesca cama dorada sobre una tarima y una mesilla de noche. Una habitación así habría deprimido a cualquiera, pero no a mi tía Mame. Era tan alegre como un pájaro. De hecho lo parecía con su batín de plumas rosas de avestruz. La encontré leyendo *Les Faux Monnayeurs* y fumando cigarrillos Melachrino* con una larga boquilla de ámbar.

—Buenos días, amor—canturreó—. Acércate y dale un beso a tu tía Mame, pero con dulzura, cariño, que la tita está de malas pulgas. —La besé con toda la delicadeza que pude—. Muy tierno, cariño, algún día harás muy feliz a alguna mujer afortunada. Ahora siéntate en la cama de la tía Mame, pero hazlo despacio, cariño, y tendremos una pequeña charla matutina. Así empezaremos a conocernos.—Pronto descubrí que para mi tía Mame «por la mañana» significaba la una de la tarde. «Por la mañana temprano» eran las once, y «en plena noche» las nueve—. ¿No te encanta este momento del día?—preguntó con un gesto grandilocuente que cubrió de cenizas las sábanas de satén negro—. Y ahora, cariño—dijo—, tenemos que descubrir un montón de cosas el uno del otro. Nunca antes había tenido a un niño pequeño por casa y, vaya, aquí está el desa-

yuno. Bueno, veamos—prosiguió muy animada. Rebuscó entre el caos de papeles que tenía sobre la mesilla y sacó una copia del testamento de mi padre, que había adornado con un montón de números de teléfono y una lista de la compra o dos. También sacó un cuaderno de hojas amarillas y un enorme lápiz de color negro—. Soy tu tutora legal. Ambos lo sabemos, así que no vale la pena hablar más del asunto. Tu padre dice que debes recibir una educación protestante y yo no tengo nada que objetar, aunque me parece una lástima privarte de los exquisitos misterios de algunas religiones orientales. Pero tu padre siempre fue un poco chapado a la antigua. Y no es que quiera hablar mal de mi propio hermano. ¿A qué iglesia ibas, cariño?

—A la Cuarta Iglesia Presbiteriana—dije sintiéndome un poco incómodo.

—Dios mío, ¡no irás a decirme que hay cuatro iglesias presbiterianas en un sitio como Chicago! Bueno, no importa. Supongo que podremos encontrar alguna iglesia por aquí cerca. —Con gran dramatismo, elevó la mirada al techo dorado—. De todos modos, no creo que a tu padre le molestase mucho que te presentase a monseñor Malarky, es un hombre tan culto y encantador, ¡y tiene unos ojos como zafiros! Vendrá un día de la semana próxima a tomar una copa, pero haré que me prometa no hablar de negocios contigo. —La tía Mame volvió al testamento—. Bueno, con eso queda resuelto lo de tu formación religiosa. Ahora el colegio. ¿En qué curso estás, cariño?

—En la quinta clase de la escuela latina para chicos de Chicago.

—¡En la quinta clase! Dios mío, ¿cómo es que no vas a la primera? ¡A mí me pareces bastante despierto!

Con la paciencia de un niño de diez años le expliqué que la quinta clase equivalía a quinto curso.

—¡Ah!, y ¿en qué curso se supone que tienes que estar a los diez años?

—En quinto, pero cuando entré tenía sólo nueve.

—¿Quieres decir que eres precoz?

—¿Qué?—dije.

—Precoz, cariño. Inteligente para tu edad. Que si vas adelantado en la escuela.

—Sí—respondí—. Fui pre..., eso que has dicho, todo el trimestre.

—¡Cariño, qué alegría me das!—gorjeó la tía Mame mientras escribía algo en su cuaderno—. Siempre hemos sido una familia muy intelectual, aunque tu padre hiciera todo lo posible por disimularlo. —Volvió al testamento—. Tu padre dice que debes asistir a colegios tradicionales..., ¡nada menos! Dime, esa escuela latina ¿era muy tradicional?

—No entiendo lo que quieres decir—respondí sonrojándome.

—¿Era sosa? ¿Monótona? ¿Tediosa? ¿Aburrida?

—Sí, muy aburrida.

—Típico de tu padre—suspiró—. A propósito, sé de un colegio nuevo divino que ha puesto un amigo mío. Mixto y totalmente revolucionario. Las clases se imparten con todo el mundo desnudo y bajo rayos ultravioleta. No queda ni una sola represión después del primer trimestre. Ese hombre que te digo está absolutamente *au courant* de lo que se hace en Viena, no quiere ni oír hablar de ese aburrido y viejo sistema Montessori. Y en las clases hay mucho arte no figurativo, gimnasia rítmica y grupos de discusión..., nada de libros ni cosas así. Me encantaría enviarte allí. Sería una buena sacudida para tu libido. —Yo no tenía ni idea de lo que me hablaba, pero me pareció como mínimo un colegio un tanto atípico. Adoptó una mirada tierna y ausente

y dijo—: Estoy pensando si no sería buena idea enviarte al colegio de Ralph. ¿Te parece que tienes muchas represiones, cariño?

Me sonrojé.

—Es que no entiendo muchas de las palabras que utilizas, tía Mame.

—¡Ay, criatura, criatura!—exclamó, y sus mangas emplumadas revolotearon por encima de la cama—. ¿Qué podemos hacer con tu vocabulario? ¿Es que tu padre no te hablaba nunca?

—Casi nunca—reconocí.

—Cariño, un vocabulario rico es el auténtico sello de un intelectual. Verás lo que haremos—hurgó en el caos de la mesilla y sacó otro cuaderno y un lápiz—, cada vez que yo diga una palabra, o que tú oigas una palabra que no entiendas, escríbela y te diré lo que significa. Luego la memorizarás y muy pronto tendrás un vocabulario bastante decente. ¡Oh, qué aventura—exclamó extasiada—, moldear una nueva vida!—Hizo otro gesto grandilocuente que le salió mal, pues derribó la cafetera y yo inmediatamente escribí seis palabras nuevas que la tía Mame me pidió que tachara y olvidara. Luego la tía Mame estudió con más detalle el testamento—. En cuanto a lo de que me reembolse la compañía fiduciaria...

—¿Cómo se escribe reem...?

—¡No me interrumpas! En cuanto a lo de que me reembolse la compañía fiduciaria, soy perfectamente capaz de mantenerte yo misma y quiero hacerlo. —Entornó los ojos y me echó una mirada inquisitiva—. Supongo que tendrás alguna calculadora humana para cuidar de tu dinero y decirme cómo tengo que educarte.

—¿Te refieres a mi fideicomisario?

—Eso es, guapo, ¿cómo es?

—Lleva gafas y un sombrero de paja, vive en un sitio llamado Scarsdale, tiene un hijo de mi edad y se llama señor Babcock.

—Scarsdale, ¡cómo no!—La tía Mame escribió «Knickerbocker Trust» y «Babcock»—. En fin, ya veo que va a ser mi *bête noire* particular los próximos ocho años. ¡Para mí la responsabilidad y para él la autoridad!

—Eso significa 'bestia negra', ¿no?—Me pareció una descripción demasiado fascinante para tratarse del señor Babcock.

—¡Cariño!—exclamó radiante y me besó—. Tu vocabulario va a las mil maravillas. Tal vez deberíamos hablar sólo en francés cuando estuviésemos en casa. —No obstante, prosiguió en inglés—: Bueno, ya me las veré con Babcock a su debido tiempo. Dios sabe que puedes aprender más en diez minutos en mi salón que en los diez años que pasaste con ese padre tuyo. ¡Qué manera más criminal de educar a un hijo!—Consultó su reloj y agitó las plumas—. ¡Cielos, he quedado para ir de compras con Vera! A lo mejor te apetece venir. Además, ya sabemos bastante el uno del otro para empezar. —Miró mi traje fino de luto—. Por el amor de Dios, cariño, ¿no tienes otra ropa que no te haga parecer un cuervo enfermo?—Respondí que sí—. Pues póntela si quieres venir conmigo, y no olvides tu cuaderno de vocabulario. —Obediente, me dirigí hacia la puerta—. A propósito, guapo—dijo. De nuevo, me miró con ojos inquisitivos.

—Sí, tía Mame.

—¿Alguna vez tu padre dijo algo..., es decir..., alguna vez te habló de mí antes de morir?

Norah me había contado que los mentirosos iban derechos al infierno, así que tragué saliva y le solté:

—Sólo que eras una mujer muy peculiar, que quedar en tus manos era un destino que no le desearía ni a un perro,

pero que no siempre se puede elegir y que tú eras mi único pariente vivo.

Soltó un grito ahogado.

—El muy cabrón—dijo sin inmutarse.

Yo cogí mi cuaderno de vocabulario.

—Esa palabra, cariño, era *cabrón*—me explicó con mucha dulzura—. ¡Se escribe c-a-b-r-ó-n, y significa ‘tu difunto padre’! Y ahora sal de aquí y corre a vestirte.

Pasé aquel primer verano en Nueva York trotando detrás de la tía Mame con mi cuaderno de vocabulario, teniendo breves «conversaciones matutinas» todas las tardes, y siendo visto pero no oído en sus tés literarios, tertulias de salón y cócteles.

Ellos también empleaban un montón de palabras nuevas y, al final del verano, había adquirido mucho vocabulario. Todavía conservo algunas de las hojas llenas de extrañas informaciones espigadas en las *soirées* de la tía Mame. Una, fechada el 14 de julio de 1929, incluye términos tan diversos como: *día de la Bastilla*, *lesbiana*, *Club Hotsy-Totsy*, *guerra de bandas*, *el Ello*, *daiquiri*—aunque ésta no la escribí bien—, *relatividad*, *amor libre*, *complejo de Edipo*—ésta también la escribí mal—, *móvil*, *curda...*, a partir de ahí, mi ortografía se vuelve delirante: *narcisista*, *Biarritz*, *psiconeurótico*, *Schoenberg* y *ninfómana*. La tía Mame me explicó todas las palabras que pensó que debía conocer y luego me hizo incluirlas en frases que yo practicaba con Ito, mientras él hacía sus arreglos florales japoneses y se reía.

Mis progresos ese verano de 1929, aunque no fuesen exactamente los que recomendaría la *Every Parent's Magazine*, fueron notables. A finales de julio, ya sabía preparar lo que el señor Woolcott llamó un «martini luculiano en

miniatura» y había aprendido a no asustarme de los amigos más sorprendentes de la tía Mame.

La tía Mame pasaba el tiempo en un perpetuo torbellino de compras, recepciones, fiestas en casas ajenas, arreglos de la extravagante ropa del día—y la suya parecía más extravagante que ninguna—, salidas al teatro y a obras experimentales que se abrían y cerraban como almejas en todo Nueva York, cenas en casa de diversos caballeros intelectuales y exposiciones de cuadros y esculturas incomprensibles. Pero, a pesar de su vida frenética y vacía, todavía le quedaba mucho tiempo que dedicarme. Me llevaba consigo a la mayoría de las exposiciones, expediciones de compras con su amiga Vera y cualquier función teatral que la tía Mame considerara adecuada, estimulante o iluminadora para un niño de diez años. Lo que incluía un espectro francamente amplio.

En realidad, la tía Mame y yo tardamos muy poco tiempo en aprender a querernos. Era de esperar que me atrajera su sorprendente personalidad, que antes había seducido a otros miles. Al fin y al cabo, tenía un encanto caótico pero innegable y era mi única familia. Pero que quisiera ocuparse de un niño de diez años totalmente insignificante y carente de interés no dejaba de sorprenderme, complacerme y extrañarme. Sin embargo, así era, y siempre he pensado que, a pesar de toda su popularidad, sus intereses, sus constantes idas y venidas, es probable que también se sintiera un poco sola. Sus detractores han dicho que yo fui simplemente un nuevo pedazo de arcilla al que dio forma, estiró, moldeó y aporreó a su antojo, y es cierto que la tía Mame nunca resistía la tentación de meterse en la vida de los demás. Aun así, tenía un acendrado e inquebrantable sentido de la confianza. Ambos lo vivimos como una forma de amor, y fue una experiencia única.

No obstante, no tardó en cernerse sobre nuestro idilio una nube tormentosa, en la forma de mi fideicomisario. La tía Mame y yo estábamos teniendo una de nuestras pequeñas conversaciones matutinas. Ese día se sentía muy maternal y me estaba leyendo unos pasajes de *Adiós a las armas*, cuando una carta certificada de la Knickerbocker Trust Company perturbó nuestra plácida hora con Hemingway.

En la carta, el señor Babcock explicaba que llevaba tiempo queriendo vernos, pero los negocios etcétera, etcétera; además, su familia y él siempre pasaban en Maine la parte más calurosa de etcétera, etcétera; y, nada más volver, su hijo había sufrido un grave ataque de amigdalitis por lo que el médico etcétera, etcétera; pero ahora las cosas estaban otra vez etcétera, etcétera; y había mucho que discutir sobre Patrick etcétera, etcétera; y sería buena idea que la señorita Dennis llevase al joven señor Dennis a Scarsdale para disfrutar de una auténtica y tradicional etcétera, etcétera; que acabara temprano para que los chicos pudieran acostarse pronto etcétera, etcétera; los trenes que salían de la estación de Grand Central, aunque no fuesen los más cómodos, etcétera, etcétera. Y pedía a la tía Mame que le confirmase la fecha.

La tía Mame gimió, me entregó la carta y pidió que le sirvieran un *whisky sour*.

—¡Oh, cariño!—exclamó—, he aquí la llamada del destino. ¡Ese fideicomisario! Lo veo con tanta claridad como te veo a ti: un abominable plan para controlar y frustrar todos los proyectos que tengo para ti.

Yo escribí «controlar» y «frustrar» en mi cuaderno y luego le aseguré que el señor Babcock era, en realidad, un hombrecillo muy amable y tranquilo.

—¡Ay, criatura!—aulló—, éstos son los peores, son como ratas. Igual de falsos que el Uriah Heep de Dickens.

Según su costumbre de toda una vida, la tía Mame nos obsequió con un recital de histrionismo que duró casi media hora y luego se serenó y decidió afrontar la situación. Empleando su voz más cultivada, telefoneó al señor Babcock y le dijo que ambos estaríamos encantados de comer con su familia en Scarsdale al día siguiente, y que no se tomase la molestia de ir a esperarnos a la estación, pues iríamos en coche. Estuvo refinadísima. Luego llamó a su mejor amiga, Vera, y le pidió que dejase lo que estuviera haciendo y viniera cuanto antes.

Vera, la amiga de la tía Mame, era una famosa actriz de Pittsburgh que hablaba con tanta elegancia de Mayfair que apenas se entendía una palabra de lo que decía. No le gustaban los niños, y lo mismo podía decirse a la inversa, pero, como la tía Mame había invertido en su nueva obra de teatro, Vera era muy educada conmigo.

Llegó envuelta en una nube de pieles de zorro blanco y luego ella y la tía Mame interpretaron otra farsa desesperada. Por fin Vera, que era la más tranquila de las dos, decidió abordar la cuestión. Pidió a Ito que le llevara una botella de *brandy* y más o menos tomó las riendas del asunto.

—Querida—dijo Vera—, no debes sacar las cosas de quicio. Te estás poniendo histérica. Vamos, bebe un sorbo de esto y cálmate mientras te explico unas cuantas cosas. En primer lugar, no tienes nada que temer. Tienes buena apariencia, educación, inteligencia, cultura, dinero, buena posición..., todo. Lo único que ocurre es que tal vez seas un poco extravagante para Scarsdale. Pero, querida, basta con que te moderes un poco..., temporalmente. Cuando interpreté a lady Esme en *Locura de verano*...

—*Locura de verano*—chilló la tía Mame—, ¡ésta es mi locura de verano y lo único que se te ocurre es hablar de

tus éxitos! ¿Qué voy a hacer?—Se mordisqueó las uñas doradas.

—Lo único que digo, querida—replicó, altiva, Vera—, es que cuando interpreté a lady Esme, Chanel hizo todo mi vestuario y me dijo: «*Chérie* (siempre me llamaba *chérie*), la ropa refleja el estado de ánimo, la personalidad..., todo». Y tenía razón. ¿Recuerdas el último acto, cuando bajo por las escaleras justo después de que Cedric se pegue un tiro? Pues bien, yo quería ir de negro, pero Chanel dijo: «*Chérie*, para algo así hay que vestir de gris. Un día gris, un estado de ánimo gris y un vestido gris con tal vez un poco de mar-ta cebellina». Querida, jamás olvidaré lo que dijo Brooks Atkinson de ese vestido. Afirmó que elevaba la obra hasta las mismas alturas que Shakespeare.

Cualquier discusión sobre ropa siempre atraía la atención de mi tía Mame, que se animó en el acto.

—Sí, Vera—dijo lentamente—, tienes razón. Ya te entiendo: me pondré el kimono gris con los bordados escarlatas y tal vez una camelia roja encima de cada...

—Mame, querida—repuso Vera con mucho tacto—. No estaba pensando en un vestido japonés para esta... ordalía. Tendrás que ser diferente en Scarsdale..., algo parecido a Jane Cowl. Pensaba más bien en un vestido sencillo. Algo simple y bonito que no sea negro. Ya sabes a lo que me refiero, querida, triste, pero no exactamente de luto, y muy recatado. Eso inspirará confianza al fideicomisario.

La tía Mame se quedó dubitativa, pero empezó a interesarse y, a medida que el nivel de la botella de *brandy*—supuestamente introducida de contrabando de la *Île de France*—fue disminuyendo, las conmovedoras imágenes de la respetable tía soltera pintadas por Vera alcanzaron alturas aún más celestiales. La tía Mame sentía debilidad por el teatro, y pronto las dos mujeres empezaron a explorar

su vasto armario ropero tan felices como un par de chiquillas.

Mientras yo leía en voz alta un libro de poemas de Elinor Wylie llamado *Ángeles y criaturas terrenales* y me ocupaba de llenarle el vaso a Vera, un viejo negligé de seda se transformó en un vestido sombrío y apropiado, que, junto con el gran sombrero de Vera, un velo y un collar de azabache, proporcionó a la tía Mame el aire de pesadumbre adecuado. Vera también desenterró un viejo postizo que la tía Mame había llevado un día en el baile de Bellas Artes. Una vez trenzado, se convirtió en una tensa, pero vacilante diadema sobre el peinado de la tía Mame. A eso de las seis en punto, el disfraz estaba completo, luego Vera me fabricó un pequeño brazalete de luto, bebió una última gotita de *brandy*, y cayó redonda.

A las nueve de la mañana siguiente—en plena noche, como decía ella—, la tía Mame estaba ya levantada, pálida y con muy mala cara. El apartamento estaba silencioso, excepto por algún gemido ocasional procedente del dormitorio que ocupaba Vera. En la cocina, Ito estaba preparando una enorme cesta para el almuerzo, con sándwiches de pepino, champán y pastel de almendras. Fuera, en Beekman Place, el Mercedes-Benz de la tía Mame relucía amenazadoramente. La tía Mame tardó casi dos horas en vestirse de luto, pero afirmó que quería dar buena impresión, y, aunque ese día estábamos a más de treinta grados, se puso la estola de marta cebellina al recordar el éxito de Vera como lady Esme.

En 1929 se tardaba poco más de media hora en llegar a Scarsdale en tren, pero la tía Mame no lograba acostumbrarse a las precisas exigencias de los ferrocarriles. Así que